

Un álgebra interminable: las contradicciones de los mercados climáticos

“... el comercio de mercancías implica unas condiciones contradictorias y mutuamente excluyentes. El mayor desarrollo de la mercancía no elimina estas contradicciones, sino que provee la forma dentro de la cual tendrán espacio para moverse.”

Karl Marx, *El Capital I*, 198

I

Los empresarios del clima, además de buscar y explorar nuevas fuentes de mano de obra barata y materias primas, y trabajar para estimular la demanda de los productos de sus incansables inversiones, siempre han tratado de que sus negocios se beneficien –con ayuda del gobierno– de las crisis que ellos mismos han creado.

En los Estados Unidos de inicios del siglo XX, por ejemplo, las protestas de trabajadores impulsaron la creación de una economía fordista organizada alrededor de una producción en masa rentable de bienes salariales (wage goods) baratos –una economía que, para el fin del siglo, dependía cada vez más de la explotación de la mano de obra barata en lugares como el norte de México y las nuevas ciudades industrializadas de la costa de China. Las nuevas incertidumbres en los negocios, creadas por la liberalización y globalización post años 70, se volvió una oportunidad de nuevas opciones de tasas de interés y mercados de derivados crediticios (en inglés *derivatives*), cuya liquidez dependía de la participación de los especuladores de Wall Street y City of London (Li Puma y Lee 2004).

La oposición a la destrucción de los hábitats ha provisto, mientras tanto, la ocasión para que los mismos actores creen nuevas “áreas protegidas”. Así mismo, la preocupación social sobre los efectos nocivos del tipo de comercio de empresas como Wal-Mart o Starbucks es parcialmente convertido en una demanda de productos de consumo “verdes”, que son suministrados por las mismas compañías. En suma, si fenómenos como el cambio climático no existiesen ya, las corporaciones privadas tendrían que inventarlos para obtener nuevas fuentes de beneficios.

El mismo punto en la jerga de la economía convencional: en palabras del banquero inversionista Robert Monks, las corporaciones exitosas siempre han sido “máquinas externalizadoras” (citado en Bakan 2004:70), que han descargado sobre la sociedad la contaminación, la degradación de tierras y otros costos de producción. Efectivamente, según el académico Timothy Mitchell, los mercados “no serían posibles si las personas fueran responsables de cada costo” (Mitchell 2020:290). Sin embargo, los varios problemas y crisis que los negocios descargan sobre la sociedad, una vez que son hechos “visibles” al mercado a través de señales de precios, pueden estimular soluciones que son, ellas mismas, mercancías que las compañías pueden vender para beneficiarse. La biodiversidad, por ejemplo, o vertederos de contaminación sobrecargados pueden ser transformados en “servicios ambientales” abstractos y

comercializables, por los cuales se cobra una tarifa.

Los economistas de negocios y ambientales aseguran, a veces, que esta “internalización de las externalidades” no sólo será rentable sino que puede transformar el comercio en una forma de conservación ambiental o incluso en un régimen de bienes comunes (Barnes 2006; cf. Caffentzis 2004). Al incentivar a los actores del mercado para que tengan en cuenta la sobrevivencia y prosperidad humana, se argumenta que los nuevos servicios ambientales harán que el capitalismo sea “sostenible”.

II

El problema es que, sin importar el vocabulario que usemos –negocios que crean oportunidades de sus propias crisis o el capitalismo que “interioriza” las externalidades que crea– las soluciones de mercancías siempre reinterpretan y transforman los retos sociales y ambientales que enfrentan. Como resultado, todo proceso de “interiorización” de los daños crea sus propias externalidades. La interiorización en sí es externalización (Callon 1998b). Para poder ser “interiorizado”, todo daño debe ser simplificado, reformateado, hecho abstracto, cuantificable y transferible en un proceso que oscurece muchas de sus características mientras que introduce nuevos problemas. En el proceso de desarrollar nuevas habilidades en la interiorización, además, los “interiorizadores” dejan de lado, pierden o destruyen otras habilidades, suyas o de otros (Lohmann 2009a).

Por ejemplo, el convertir a la biodiversidad en una mercancía significa transformarla en unidades medibles, divorciándola inevitablemente de los contextos humano y no humano en los cuales ha evolucionado, abstrayéndola del hábitat, especie, género o similares. Crear créditos de humedales rentables capaces de expandir las oportunidades de circulación de capital, similarmente, involucra “ignorar una gran cantidad de información ecológica” (Robertson 2004). A fin de que se les fije un precio lo suficientemente bajo como para poder ser comerciadas, además, las mercancías de “servicios ambientales” inevitablemente ocultan las inmensas cantidades de trabajo humano, estudios y otras actividades necesarias para crear, mantener y restaurar los ecosistemas (Barreda 2010); y aquellos a quienes se les paga, rara vez son aquellos que se esforzaron en esa dirección.

La competencia entre los negocios de servicios ambientales solo incrementa las presiones para desagregar y descontextualizar en función de reducir los costos. El resultado son naturalezas sobresimplificadas y nuevos daños humanos que se constituyen en nuevas “externalidades” que deben, a su vez, ser “interiorizadas” (ya sea a través de la creación de nuevas mercancías o a través de “gobierno”, “estándares” o “regulaciones”). De ahí que la interiorización es solo un momento en la dinámica mucho mayor de una continua externalización a través de la cual procede la acumulación. La cuestión no es si se requerirá una nueva interiorización, sino cuándo será necesaria o permitida; cada acto de interiorización da paso a más interiorizaciones. Este proceso sin fin es paralelo a la historia de la acumulación, no es algo que lo rompa o lo “corrija”. Tampoco una estrategia para hacer “sostenible al capitalismo” ni un lavado de imagen verde oportunista para procesos supuestamente más fundamentales; es una de las formas tradicionales en las que los negocios se benefician de las dificultades y barreras que ellos mismos ayudan a levantar.

El qué son las “externalidades” invita a una respuesta “interiorizadora”, ¿qué es interiorizado, y qué pasa en el proceso en el lugar y tiempo determinados?, depende del caso en cuestión. Por ellas mismas, las denuncias abstractas de las estrategias de interiorización (es decir, que “las soluciones a los problemas ambientales basadas en el mercado no pueden funcionar porque son controladas por el sistema que causó los problemas”) no impulsan el debate hacia delante, tampoco los reclamos igualmente abstractos al respecto, por ejemplo, que un “Capitalismo 2.0”, “Capitalismo 3.0” o “capitalismo natural” que “incorpore completamente a la naturaleza en sus sistemas de valores” llevará a la historia de una lucha ambiental a un final feliz, o que las estructuras de “gobierno” pueden evolucionar para encargarse de cualquier residuo.

Sólo en la experiencia de casos particulares emerge la profundidad de los conflictos y contradicciones. Sólo ahí el reclamo por convertir los servicios ambientales en bienes del mercado es un paso adelante en un camino para despejar lo que Marx hubiese visto como su naturaleza fetichista (Marx 1990: 125-77, Albritton 2007, Lohmann 2005), y la dinámica del proceso de interiorización se revela no como un intento (exitoso o fallido) de “resolución del problema ambiental” sino como un cambio de tema continuo. Los intentos de las últimas dos décadas de “interiorizar” el cambio climático al crear nuevos mercados que “ponen un precio al carbono” ofrecen excelentes oportunidades para explorar las maneras en las que las contradicciones entre valor de uso y valor de cambio, entre la lógica cualitativa de asegurar bienes de supervivencia y la lógica cuantitativa de las ganancias, se revelan en formas únicas e impredecibles.

III

¿Cómo hacer del clima un mercado? La respuesta no es obvia ni inmediata. El calentamiento global resulta principalmente de la transferencia del carbono de una piscina fósil encerrada en el subsuelo a una piscina separada que circula por encima del suelo entre la atmósfera, océanos, vegetación, suelo, agua fresca y rocas de superficie. Esta transferencia es irreversible en escalas de tiempo humanas. Por otro lado, la peligrosa acumulación de dióxido de carbono resultante tanto en la atmósfera como en la capa superficial de los océanos no puede ser prevenida plantando árboles. Se requeriría una enorme superficie de tierra y la mayoría del carbono recientemente secuestrado volvería a la atmósfera y a los océanos de todas formas. La vegetación viva de la tierra (hoy en día tal vez contiene 600 a 1000 billones de toneladas de carbono) es incapaz de absorber una inyección de más de 4.000 billones toneladas extras de carbono (Falkowski et al. 2004) de las reservas fósiles acumuladas por millones de años. Después de todo, se necesitaron cerca de 25 toneladas de vida marina antigua para producir cada litro de gasolina de hoy; y el equivalente a toda la producción de vida animal y vegetal de la tierra por 400 años se quema cada día en forma de combustibles fósiles (Haberl, 2006; Dukes, 2003).

Se desprende que el sostener –o “producir”– el valor de uso de un clima habitable requiere mantener los combustibles fósiles en el subsuelo. La mayor parte de las sociedades ha logrado llevar a cabo esta tarea sin pensarlo siquiera, pero representa una dificultad incomparable para las élites globales de hoy en día ya que el carbón, el petróleo y el gas han sido cruciales, por más de un siglo y medio, para la producción de mercancías, acumulación y control corporativo sobre los trabajadores y la tierra.

Los combustibles fósiles alimentan las máquinas que aumentan la productividad laboral, rompen la resistencia del trabajador y del campesino, destruyen varios tipos de conocimiento, y permiten que el comercio abarque al mundo entero. Ha sido esencial para el desarrollo de la industria urbana y para la suburbanización que luego se convirtió en una esponja para absorber el capital excedente, así como para la construcción de “máquinas en la tierra” –enormes monocultivos industriales– que alimentan las ciudades y las industrias por igual.

Apuntalando la estabilidad de los precios de casi cada producto, el carbono fósil es indispensable para las fuerzas militares, “economías a escala” y grandes cadenas que caracterizan el control centralizado sobre los recursos. El alto contenido energético de los combustibles fósiles permite tanto una rápida expansión de la producción como la predictibilidad necesaria en un ambiente competitivo; el petróleo barato, argumenta Timothy Mitchell (2009), incluso ayudó a hacer posible la concepción del siglo XX – amada por los gobiernos en todo lado– de “la economía” como un objeto que podría crecer sin límite. Mientras tanto, el particular patrón de distribución de los combustibles fósiles permite a algunas compañías monopolizar el acceso a ellos y meterse en el bolsillo enormes ingresos.

Además, incluso si se pudiera convencer a las corporaciones y los gobiernos de la necesidad de una transición para alejarse de la dependencia de los combustibles fósiles y quisiesen renunciar a buscar “sustitutos” para estos combustibles que ejercieran las mismas funciones políticas y económicas (no existe ninguno), necesitarían llevar a cabo enormes programas de inversión a largo plazo en regímenes de energía no fósil, transporte, agricultura y consumo, y asegurarse que los subsidios estatales pasaran de los combustibles fósiles a la defensa de iniciativas existentes o a la construcción de medios de vida de baja emisión de carbono. Dada la dependencia del camino (Arthur 1994) y la manera en que los combustibles fósiles se han “enraizado” (Unruh 2000:817) en la forma de vida de las sociedades industrializadas, esta es la avenida principal de las acciones constructivas de los estados y de las conspiraciones en las décadas que quedan para enfrentar la crisis climática. Sin embargo, el horizonte de planificación requerido es mucho más largo de lo que permite la lógica de acumulación de capital.

Muchos movimientos sociales enfrentan esta lógica al tratar directamente la transferencia subsuelo a “sobre el suelo” del carbono. Los movimientos que impulsan el “petróleo bajo el suelo, carbón en el hoyo y arena bituminosa en la tierra” han cobrado forma en el delta del Níger, Alberta, Appalachia, entre otros. Una propuesta de ambientalistas ecuatorianos y pueblos indígenas ha solicitado el apoyo de países industrializados para un proyecto para no explotar el petróleo en un área de impresionante diversidad bajo la condición explícita que el esquema no sea tratado como una interiorización de externalidades sino como parte de un reconocimiento de la responsabilidad histórica de un cambio climático antropogénico.

En muchos países, incluso en Estados Unidos y el Reino Unido, la oposición local está parando el desarrollo de docenas de plantas de energía a base de carbón. Campañas para prohibir a los bancos que apoyen proyectos de combustibles fósiles intensivos están creciendo alrededor del mundo. Además, tales movimientos reconocen cada vez más que la lucha por mantener los combustibles fósiles bajo el suelo va de la mano con movimientos de apoyo a una agricultura ecológica y

campesina, una provisión de salud pública y energía más democráticas, agua y aire limpios, y el fin del militarismo, el racismo ambiental y lo que Eduardo Gudynas llama “neextractivismo”.

Sin embargo, por más realistas que sean los análisis de la crisis climática y la política climática que tengan estos movimientos, todavía tienen que construir fuerza suficiente para comenzar a invertir las tendencias generales en el uso de los combustibles fósiles. ¿Podrán nuevos mercados en los bienes climáticos, como se sugiere muchas veces, complementar sus esfuerzos en vez de socavarlos? Para hacerlo, se tendrían que comprar y vender las contribuciones hacia un alejamiento a largo plazo de los combustibles fósiles que dichos movimientos piden. Esto significa que se tendrían que mercantilizar lo que el profesor de Derecho de Yale Douglas Kysar (2010) llama “acciones legales y políticas” que tienen un “impacto dramático” sobre las tendencias históricas. Tales productos climáticos, propone Kysar, los podrían vender, por ejemplo, “grupos indígenas que bloquean completamente las actividades de exploración” o “poblaciones que viven en bosques que luchan con éxito para evitar la tala”.

En este delirio, Lloyd Blankfein y sus colegas de Goldman Sachs, sentados para idear productos para vender a inversionistas, se “dedicarían... a la identificación y promoción de invenciones políticas críticas por parte de voces marginales que propugnan la sostenibilidad.” La propuesta ecuatoriana descrita arriba sería convertida en un “modelo de capitalismo climático”. La acumulación será un asunto de invertir en mercancías que maximizaron un cambio radical, estructural y social a largo plazo.

El experimento de broma de Kysar ofrece una mirada preliminar de las novedosas y extremas formas en las que la contradicción entre valor de uso y valor de cambio se desenvuelve en los mercados climáticos. Para hacer posibles la contabilidad, el dominio y la acumulación de capital, el mercado climático de Kysar tendría que subsumir las relaciones cualitativas que hacen posible la creación de movimientos y los procesos históricos en las relaciones cuantitativas, generando una cascada de extrañas consecuencias. Por ejemplo, asumiendo que el valor de uso de una mercancía climática de Kysar (la “calidad” del producto, desde el punto de vista del consumidor) sea un clima habitable, los consumidores necesitarán saber, y los productores garantizar, qué avances de cambio histórico hacia un alto en la extracción de combustibles fósiles representa cada mercancía.

¿Pero quién cuantificaría hasta dónde cada mercancía contribuye a deshacer las complejidades sociales de la dependencia de los combustibles fósiles y cómo? Si es que diferentes unidades contribuyen a diferentes incrementos en el cambio histórico de dependencia en caminos distintos que fueran incompatibles, ¿cómo se equipararían las unidades? ¿Cómo se calcularían los efectos históricos de la propiedad privada en el diálogo y construcción de movimientos que comprenden la “labor” de producir mercancías climáticas? (Por ejemplo, ¿acaso los manifestantes en la calle perderían su eficiencia si utilizaran logos corporativos en sus camisetas?)

La única forma de eliminar dichas dificultades para alcanzar la acumulación de capital sería degradar al mercado al estatus de un simple proveedor de “servicios climáticos” no especificados e incuantificables. En este caso, el mercado perdería la mayor parte de su utilidad para los diseñadores de políticas y ya no sería llamativo para

potenciales clientes.

IV

Ante la multiplicación inmediata y vertiginosa de paradojas, la alternativa es construir un mercado basado en una mercancía diferente, no orientado a instituir un proceso histórico cualitativo de cambio, sino a ahorrar el dinero de las corporaciones mediante objetivos cuantitativos, colectivos e impuestos por el Estado para la reducción de las moléculas emitidas. Esto es lo que hace el sistema de comercio de dióxido de azufre instituido en los años 90 en los Estados Unidos, y es el modelo seguido por el mercado de carbono del Protocolo de Kyoto, el Régimen de Comercio de Derechos de Emisión de la Unión Europea (EU ETS) y todos los mercados climáticos que existen actualmente.

Las ventajas son obvias. Las moléculas pueden ser contadas (en muchos mercados de contaminación, la unidad de medida es la tonelada). Las moléculas vienen “pre-estandarizadas” en el sentido de que son las mismas en todo el mundo. Las moléculas pueden ser propiedad de alguien. Así mismo, al menos en principio, pueden ser los vertederos que las absorben –por ejemplo, océanos, árboles o suelo que absorbe el dióxido de carbono. La cuantificabilidad y la apropiabilidad hacen posible el comprar y vender derechos de emitir CO₂– esencialmente, derechos o acceso a la capacidad de circulación del carbono de la tierra en los océanos, atmósfera, suelo, vegetación y rocas. Y con la medición y la propiedad privada viene, también, la posibilidad de acumulación a gran escala.

Por lo tanto, los mercados de servicios climáticos que en realidad existen se basan en las ecuaciones:

un mejor clima = reducción de las emisiones de CO₂

y

reducción A de CO₂ = reducción B de CO₂

Pero si es que debe haber un mercado en las reducciones de las emisiones de CO₂, alguien debe “producirlas” y alguien debe comprarlas. (Para ponerlo de diferente manera, si es que debe haber un mercado en los vertederos de contaminación por gases con efecto invernadero, alguien debe hacerlos escasos, alguien debe “poseerlos” y alguien debe “alquilarlos”)

Sólo los gobiernos pueden establecer este aparato; y deben imponer la necesidad de las reducciones (al hacer que los vertederos de contaminación escaseen) tanto como los medios de “producirlas” o de poseerlas. Los gobiernos lo logran al imponer “topes” o límites de emisiones a las compañías y los sectores económicos. Para lograr lo último (esto es, crear una mercancía de reducción), los gobiernos necesitan una ecuación adicional:

reducciones forzadas de CO₂ al nivel c en un periodo de tiempo p
= derecho comerciable de emitir CO₂
hasta el nivel c en un periodo de tiempo p

Los productores o dueños de estos derechos son, en un primer momento, los gobiernos mismos. Las asignaciones de la Unión Europea (EUA por sus siglas en inglés), por ejemplo, son “producidas” en una cantidad predeterminada por políticos y burócratas bajo el Régimen de Comercio de Derechos de Emisión de la Unión Europea (EU ETS). De ahí son vendidas o, más comúnmente, regaladas a grandes contaminadores del sector privado. (Después de todo, una de las más temidas barreras a la acumulación de capital siempre ha sido un incremento drástico en el monto pagado por los recursos naturales.)

Mientras tanto, las Unidades de Cantidad Asignadas (AAU por sus siglas en inglés), una de las mercancías del mercado de carbono del Protocolo de Kyoto, están siendo “producidas” por conferencias de los países miembros de la Convención Marco de las Naciones Unidas sobre el Cambio Climático (CMNUCC) antes de ser distribuidas, de nuevo gratuitamente, a los gobiernos nacionales de los países industrializados. En vez de ser originado en granjas, o minas, o líneas de ensamblaje industrial, el suministro de este tipo de mercancía depende enteramente de lo que un observador llama “bolígrafo político” (Gallagher 2010). Una vez en las manos de los contaminadores, la mercancía puede ser comprada y vendida de tal manera que la contaminación es distribuida para minimizar los costos agregados.

En algunos sistemas de comercio de contaminación –por ejemplo, el mercado de dióxido de azufre de Estados Unidos inventado en los años 90– los gobiernos son los únicos productores de mercancías (aunque rápidamente transfieren la propiedad a corporaciones privadas). Sin embargo, en la mayoría de mercados climáticos, se incentiva a otros actores a producir un segundo tipo de mercancías para venderlas en los mismos mercados a fin de ahorrar más costos y crear tantas oportunidades de inversión y especulación como sea posible.

Conocidos como “compensaciones”, estos productos están financiados por contaminadores sujetos a un “tope” gubernamental pero son creados por proyectos fuera del “tope”. A los proyectos, divisibles, medibles y cosificados, generadores de unidades climáticamente beneficiosas, les es permitido producir derechos de contaminación si es que pueden convencer a los reguladores de que producen menos gases con efectos invernadero que si no existiesen las finanzas del carbono. Los que los financian reciben, a cambio, derechos de contaminación que pueden usar en lugar de las obligaciones de reducción de emisiones bajo las leyes climáticas europeas y japonesas (o venderlos a terceros o especular con ellos). Así:

reducción de CO₂ bajo el tope = compensaciones fuera del tope

Por ejemplo, las asignaciones de emisión de la Unión Europea (EUA), permisos de emisiones comerciadas bajo el tope de la Unión Europea, son intercambiables con los Certificados de Reducción de Emisiones (CER por sus siglas en inglés). Estas últimas son las compensaciones en el mercado de carbono del Protocolo de Kyoto, generadas en países del Sur fuera del tope europeo:

EUA = CER

Las Unidades de Cantidad Asignadas (AAU) son también, teóricamente, intercambiables con las CER, ayudando a unificar los diferentes regímenes de comercio -

$$AAU = CER = EUA$$

- aunque en la práctica esta intercambiabilidad es limitada. Cada compensación, desde luego, debe ser equivalente con todas las otras:

$$\text{compensación A} = \text{compensación B}$$

El producto de una granja eólica en Oaxaca, por ejemplo, debe ser equiparable con la de una compensación de HFC-23 en China, una compensación generada por una represa hidroeléctrica en Brasil o una mejora en la eficiencia en Corea del Sur.

V

Las ecuaciones climáticas ayudan a los actores del mercado a producir en masa unidades de reducción de CO₂ comerciales uniformes (o derechos de contaminación) posibles de ser apropiadas al menor costo posible para alcanzar el mayor ingreso posible. Por ejemplo, debido a que las moléculas de dióxido de carbono son las mismas en todo lugar, se deduce que

$$\text{reducción de CO}_2 \text{ en un lugar A} = \text{reducción de CO}_2 \text{ en un lugar B,}$$

y, como corolario,

$$\text{EUA producidas en un lugar A} = \text{EUA producidas en un lugar B.}$$

Entonces, los negociantes del carbono, bajo la presión de la competencia, tienen la libertad de escoger los lugares más baratos para la “producción de reducciones”.

Las compensaciones permiten abstraerse aún más del lugar, ya que

$$\text{reducción de CO}_2 \text{ en un lugar A} = \text{compensaciones en un lugar C}$$

Esto es, las compensaciones llevan el “arreglo espacial” del tope y trueque (el cual mueve la contaminación alrededor del panorama “con tope” a donde sea más barato mitigar) un paso más allá, a territorios no cubiertos por los toques, notablemente en el Sur global, donde la limpieza del carbono es más barata (Bond 2010a, 2010b).

La ecuación fundacional

$$\text{un mejor clima} = \text{reducción de las emisiones de CO}_2$$

permite inmediatamente la abstracción del tipo de tecnología siempre y cuando las tecnologías en cuestión emitan (o no emitan) el mismo número de moléculas de CO₂:

$$\text{reducción de CO}_2 \text{ a través de la tecnología A} = \text{reducción de CO}_2 \text{ a través de la}$$

tecnología B

El tipo de tecnología involucrada resulta indiferente para los inversionistas del mercado de carbono, que tenderán entonces elegir los instrumentos que dan el mayor valor de costo por molécula de CO₂ emitida a corto plazo y equiparando diferentes caminos históricos asociados con la adopción de diferentes tipos de tecnologías. Al enfocarse en las moléculas en vez de en las trayectorias históricas se incita indirectamente a abstraerse del tiempo:

reducción de CO₂ en un momento A = reducción de CO₂ en un momento B

En el EU ETS, por ejemplo, se introdujo la banca de permisos de contaminación para evitar la indebida volatilidad de los precios y otros trastornos.

Debido a que las moléculas de CO₂ son las mismas sin importar si fueron originadas por la quema o descomposición de vegetales o por la quema de combustibles fósiles desenterrados, los inversionistas pueden hacer uso de la ecuación

CO₂ de origen fósil = CO₂ de origen biótico

a fin de beneficiarse de la diferencia de costo entre invertir en tecnologías que usan menos combustibles fósiles e invertir en, digamos, conservación forestal –en palabras de Sir Nicholas Stern, la última es un “muy buen negocio” en términos económicos (166). Las influyentes McKinsey and Co. (2010) “curvas del costo de la disminución del carbono” (lo que en inglés se conoce como *CO₂ abatement cost curves*) (ver Figura 1), por ejemplo, muchas veces se usan para justificar la inclusión de proyectos forestales en los mercados de carbono – e incidentalmente constituyen, en su equiparación de las más distintas tecnologías y prácticas, un tipo de radiografía del fetiche de la molécula de CO₂ en su conjunto.

V2.1 Global GHG abatement cost curve beyond BAU – 2030

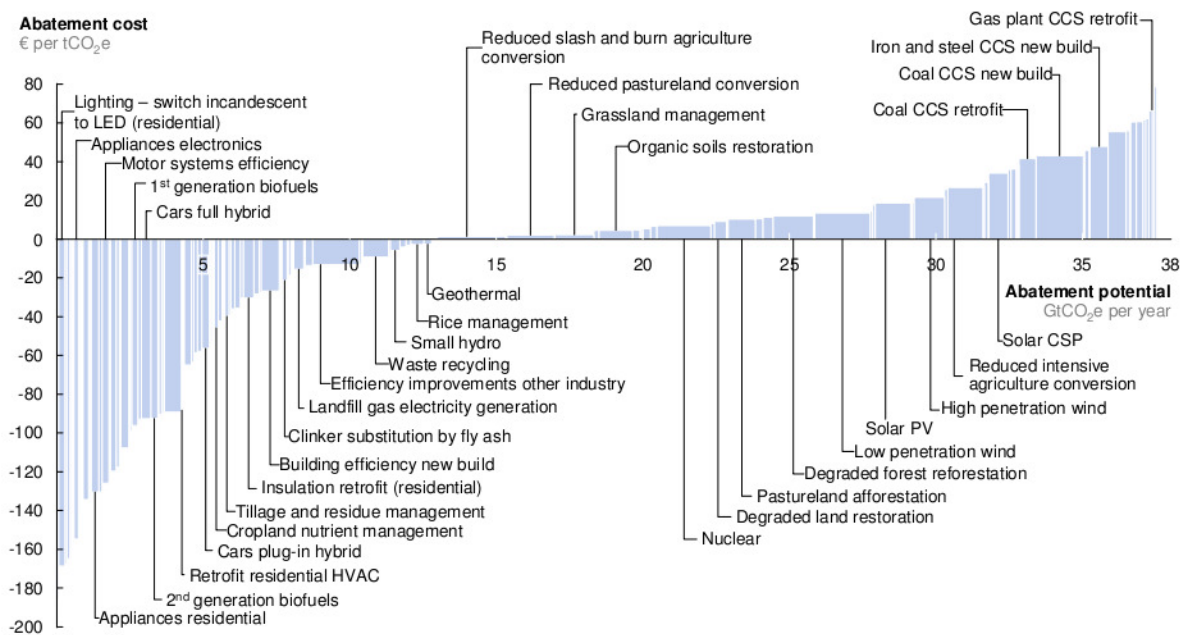


Figura 1: Costo de disminución de gases con efecto invernadero más allá de los “negocios como siempre”

No es necesario detenernos en el CO₂. El enfoque en las moléculas abre la posibilidad de buscar otros gases con efecto invernadero cuya reducción puede ser barata para manufacturar una mercancía climática. De ahí que ha aparecido todo un menú de “equivalencias” de CO₂, que incluye el metano, el dióxido de sulfuro y varios clorofluorocarbonos, incluyendo el HFC-23 de producción industrial. A pesar de que estos componentes son gases mucho más potentes con efecto invernadero que el dióxido de carbono, se comportan de manera tan diferente en la atmósfera, y en tan diferentes rangos de tiempo, que es una proeza formidable de abstracción el cuantificar su “potencial de calentamiento global” en comparación con el CO₂. Sin embargo, el Grupo Intergubernamental de Expertos sobre el Cambio Climático ha estipulado que, por ejemplo, el metano es 72 veces más potente que el dióxido de carbono en un rango de tiempo de 20 años, 25 veces más potente en un rango de 100 años y 7.6 veces más potente en un periodo de 500 años. También se han realizado estimaciones fluctuantes para el dióxido de nitrógeno y HFC-23 para los tres rangos de tiempo (ver Tabla 1).

Sin embargo, debemos señalar que el IPCC (Panel Intergubernamental para el Cambio Climático) no inventó estas ecuaciones (por ejemplo, 11.700 CO₂ = 1 HFC-23) directamente en respuesta a las demandas del mercado de carbono. Se han inventado estas ecuaciones en respuesta a una petición de la ONU para ayudar a crear una metodología de contabilidad del carbono nacional (inclusive antes de que los mercados de carbono de la ONU comenzaran).

El segundo problema es que el IPCC cambia sus cifras cada cinco años (más o menos), puesto que la idea de una “equivalencia” entre los gases no es una idea científica sino una idea económica. Además porque los científicos, entre los cuales hay muchos honestos y sinceros, no suelen estar de acuerdo y cambian de opinión... y también porque cada año hay descubrimientos nuevos sobre los intercambios entre los

gases en la atmosfera, entre otros factores. Por ejemplo, la "equivalencia" de HFC-23 ha cambiado de como 11.700 a 14.800; o en otros casos ha disminuido como en el caso del óxido nitroso N₂O que pasó de 310 a 298, diferencias presentes entre el segundo y cuarto informes del IPCC.

Analizando las cifras y el contexto del mercado de carbono, la ONU no usa la última cifra sino siempre las obsoletas. Esto es porque el mercado no quiere que los números cambien, y prefieren cifras fijas, ya que la contabilidad del mercado de carbono y los precios serían aún más inestables. De esta manera, el mercado de carbono ignora intencionalmente los cambios científicos y sus resultados. Lo que importa no es tanto el mal uso de las cifras, sino el gran paso del neoliberalismo en reducir el problema del clima a números.

Los mercados de carbono se abstraen aún más de las cifras de la Tabla 1 al descartar las columnas de los horizontes temporales de 20 años y 500 años y al olvidar las enormes "bandas de errores" (en el caso HFC-23, más o menos 5.000).

Así, las ecuaciones que quedan son:

$$\text{CH}_4 = 21 \times \text{CO}_2$$

$$\text{N}_2\text{O} = 310 \times \text{CO}_2$$

y

$$\text{HFC-23} = 11,700 \times \text{CO}_2$$

En otras palabras, habiendo abstraído de la crisis climática hacia las moléculas de CO₂, ahora abstraen del CO₂ a un "dióxido de carbono equivalente" altamente simplificado, o CO₂e, el cual se convierte en un nuevo fetiche. Se vuelve más fácil conducir paralelamente, de una forma aparentemente "apolítica" y "auto-evidente", actividades con diferentes efectos en la historia climática. Es así que el ex ejecutivo del Banco Mundial Robert Goodland (2010), notando que los "animales domesticados causan 32 billones de toneladas del dióxido de carbono equivalente, más que el impacto combinado de la industria y la energía," puede fácilmente llegar a la conclusión de que "el remplazar los productos de ganadería con mejores alternativas... tendría efectos mucho más rápidos sobre las emisiones de gases con efecto invernadero... que las acciones para remplazar los combustibles fósiles con energías renovables." Los ahorros en los costos alcanzados al substituir las nuevas "materias primas" moleculares para el dióxido de carbono son considerables, aumentando grandemente las oportunidades para la acumulación. Por ejemplo, debido a que se estipula que el CH₄ es 25 veces más peligroso para la estabilidad climática que el CO₂, el quemar solo una tonelada de este compuesto en México generaría derechos vendibles para emitir 25 toneladas de CO₂ en Europa.

Las empresas están aprovechando sea donde sea que la captura y quema del metano sea más barato debido a las economías a escala. Por ejemplo, más de dos docenas de granjas porcinas operadas por Granjas Carroll en México, una subsidiaria de

Smithfield Farms basada en Estados Unidos, están ganando beneficios extra al capturar el metano que emiten las grandes cantidades de excremento de cerdo que producen y venden; y, luego, vendiendo los créditos de carbono resultantes a Cargill International y EcoSecurities. De igual manera, solamente por destruir unas pocas toneladas de HFC-23, Quimobasicos de Nuevo León, el mayor exportador de derechos de contaminación de México, se dice que pronto va a vender más de 30 millones de toneladas de derechos de contaminación de dióxido de carbono a Goldman Sachs, EcoSecurities y la generadora eléctrica japonesa J-Power (UN Risoe Center 2010). El hacerlo le cuesta a la compañía cerca de tres pesos por tonelada de CO₂ “equivalente”, las cuales, a los precios actuales, puede vender en el extranjero – directamente o a través de intermediarios– a por lo menos 200 pesos la tonelada. Los compradores industriales de derechos de contaminación pueden a su vez ahorrar más de 200 pesos por tonelada usando los derechos de contaminación en vez de pagar las multas por no cumplir con sus requerimientos legales de emisiones, o más de 25 pesos por tonelada al usarlos en vez de las EUA.

VI

La verdadera extensión de la utilidad de la ecuación

un mejor clima = una reducción de las emisiones de CO₂

para la producción en masa de mercancías del clima solo puede ser apreciada al examinar en mayor detalle la serie de ecuaciones que constantemente surgen a partir de este tronco común. Con la creación de una mano de obra “abstracta” y descalificada, medible en unidades de tiempo, los propietarios de fábricas a partir de los siglos XVIII y XIX enfrentaron el reto de cómo exprimir el mayor tiempo de trabajo de un trabajador (“los momentos son los elementos de las ganancias”, cita Marx a un inspector británico de fábricas del siglo XIX). Del mismo modo, la creación de una mercancía climática “abstracta” por fuera de las cantidades y movimiento del CO₂ y otras moléculas hace posible, para los negocios del clima actuales, una dinámica a través de la cual la ingenuidad y la ingeniería social puede ser ejercida repetidamente para encontrar formas de obtener un mayor beneficio de una línea de ensamblaje de “reducciones de CO₂e”.

Un elemento particularmente productivo en la nube de equivalencias que hace posibles las compensaciones es la ecuación

reducción de CO₂e bajo un tope
= emisiones de CO₂e “evitadas” fuera del tope

Esta equivalencia hace que los proyectos de compensaciones que emiten gases con efecto invernadero (y la mayor parte lo hace) permitan emisiones de aún más gases con efecto invernadero en otro lado, siempre y cuando emitan menos de las que “habrían sido emitidas” sin la finanza del carbono. Por ejemplo, los contaminadores o comerciantes de carbono a quienes se les ha impuesto un tope en Europa pueden comprar derechos de contaminación de carbono de proyectos que promocionan la minería de carbón en China, siempre y cuando los proyectos quemem una parte del metano que se filtra de las minas, basado en la idea de que al convertir el metano en dióxido de carbono, los proyectos dañan menos la atmósfera que si no lo hubiesen

hecho.

Otra variante de la ecuación permitiría que los proyectos de conservación forestal conocidos como REDD (Reducción de Emisiones **por** Deforestación y Degradación) generen créditos de carbono incluso si permiten un *incremento* en la deforestación, siempre y cuando el incremento sea “menos que el que hubiese ocurrido”:

reducción de CO₂e bajo un tope = “deforestación evitada” fuera del tope

Una ONG, el Optimum Population Trust, está mientras tanto invitando a compradores privados a invertir en “pop-offsets” (desbalances) que apoyen los esfuerzos de control de población del Trust, usando la ecuación:

reducción de CO₂e = “humanos evitados” = más condones

Adicionalmente a permitir que la inversión en carbono cambie la localización física con el objetivo de aumentar las tasas de beneficios, tales ecuaciones permiten que se auto transporte a una quinta dimensión de “mundos hipotéticos”. Al canalizar el capital hacia “emisiones evitadas”, los inversionistas en compensaciones ganan dinero, en efecto, limpiando mundos inexistentes y tomando los créditos (literalmente) porque su suciedad no se convirtió en realidad. Los expertos convencen a los reguladores de que los mundos inexistentes son sucios y mientras más sucios los presenten, más capital puede ser acumulado, tanto de la venta de derechos de contaminación como, desde el punto de vista de los compradores, de los retrasos resultantes en la inversión en infraestructura no basada en el carbono.

A través de esta lógica, se incentiva a los gobiernos a no aplicar o promulgar legislaciones ambientales, ya que siendo tan sucios como sea posible un país crea las mayores oportunidades de hacer dinero en los mercados de carbono. Así como en otros lugares, dentro de la elaboración de políticas neoliberales, disminuye la brecha entre sanciones legales e iniciativas de mercado. Para usar la fórmula algebraica:

sanción legal = incentivo del mercado

Esta ecuación, oficialmente reconocida por la Convención Marco de Naciones Unidas sobre Cambio Climático, es utilizada frecuentemente para generar beneficios adicionales por parte del capital nacional y transnacional.

La ecuación

reducción de CO₂e bajo un tope
= emisiones de CO₂e “evitadas” fuera del tope

también implica un enjambre de “equivalencias” más sutil, pero de igual alcance político. Por ejemplo, esta ecuación implica que lo que hubiese pasado en la ausencia de las ventas de créditos de carbono es determinado y cuantificable de la misma manera en que las reducciones de CO₂e (dióxido de carbono equivalente) bajo un tope son determinadas y cuantificables. Esto es, se convierte en un requerimiento de la producción en masa de la mercancía del carbono que se le otorgue a la historia contrafactual el mismo estatus epistemológico que a la historia actual; que el debate

político sobre futuros alternativos sea tratado como argumentos sobre el aspecto correcto de las predicciones técnicas, y así sucesivamente.

VII

Desde luego que muchas de las ecuaciones anteriores no son una creación solamente de los mercados climáticos. Efectivamente, desde el momento en que se las ve como la solución para la crisis climática, todas las políticas que imponen un “tope” de emisiones –sea que haya un “comercio” asociado o no– tienen subyacente un fetiche de CO₂. También lo hacen otras formas de regulación que no involucran un mercado, así como tasas de carbono.

Efectivamente, ya en 1976, mucho antes de que despegasen los mercados de carbono, el físico Freeman Dyson (1976) estaba “equiparando” todo el CO₂, ya sea de origen fósil o biótico, en su propuesta de usar vastas plantaciones de árboles para absorber las emisiones industriales, haciendo abstracción de los diferentes roles de los dos tipos de dióxido de carbono a lo largo de su historia climática. Posteriormente, en 1990, ambientalistas tecnocráticos en los Estados Unidos, quienes buscaban asignar responsabilidades por el calentamiento global, una vez más exteriorizaron el fetiche molecular en el curso de un proyecto para “equiparar” todas las emisiones de gases con efecto invernadero sea que se originaran en el arroz del Sudeste asiático o de la manufactura de SUV en América del Norte.

Aún más recientemente, los apologistas de la captura y el secuestro del carbono (CCS por sus siglas en inglés) han hecho un llamado para el cálculo de moléculas de CO₂ para insistir en la intercambialidad, con propósitos climáticos, de detener la quema de combustibles fósiles a cielo abierto y continuarla enterrando el dióxido de carbono resultante en enclaves subterráneos a través de una maquinaria compleja de convertidores y tuberías.

Si bien la ecuación “un mejor clima = una reducción de las emisiones de CO₂” no se limita a los mercados climáticos, es crucial para ellos ya que es el material base para construir una estructura factible para maximizar los beneficios. Y es la acumulación, más que las reducciones de emisiones, la razón de ser del comercio de carbono. Tal como lo explicó rotundamente Patrick Birley, un veterano del intercambio de metales y derivados quien fue Jefe Ejecutivo del European Climate Exchange hasta octubre de 2010, el mercado de carbono (de manera opuesta a la estructura regulatoria del “tope” impuesta por los gobiernos) “no reduce ni una sola tonelada de CO₂ que llega a la atmósfera. No tiene nada que ver con eso... el ahorro en los costos es el asunto” (citado en Lang 2010).

VIII

En un paso final de la construcción de mercancías, la mercancía del carbono ha sido construida al equiparar y agregar nubes de diversos ítems como las reducciones de las emisiones de dióxido de carbono de las plantas energéticas en el Reino Unido, las emisiones de óxido de nitrógeno “evitadas” en las fábricas coreanas, el metano capturado en los vertederos en Brasil, el carbono hipotético de los árboles en Indonesia en el año 2040, y así consecutivamente. Llegado su turno, todas ellas son equiparadas con unas mercancías más convencionales comerciadas en Londres,

Chicago y Nueva York:

reducciones/compensaciones de CO₂e = otras mercancías

Esta ecuación, que alberga liquidez, se construye poco a poco a medida que las mercancías de carbono se juntan al petróleo, trigo y otros productos en un fondo índice; usados como fondos de cobertura (hedge), así sucesivamente. Ahora hay incluso propuestas para usar los bienes del carbono como hipotecas o préstamos colaterales de país a país: la International Emissions Trading Association (IETA) ha propuesto que los créditos de carbono sean usados como respaldos de los “bonos verdes” emitidos por países del Sur (con la asistencia pagada de los miembros de la IETA) para atraer la inversión del sector privado en desarrollo bajo en carbono al amparo de los acuerdos internacionales (Suppan 2010, Sullivan 2010).

Incluso sin esta ecuación, desde luego, bancos, fondos de cobertura (hedge funds) y casas de inversión pueden beneficiarse de especular sobre los movimientos de los precios del carbono, el precio diferencial entre EUA y CER y otros. Entonces, cuando las mercancías de carbono –representadas por coloridos números en pantallas LCD y progresivamente enredadas mediante programas de computadora en Wall Street– se vuelven fácilmente intercambiables con otras mercancías y, rigurosamente asimiladas en las actividades del sector financiero, se vuelven participantes cubiertos al 100% en el capitalismo contemporáneo.

IX

El “mercado de activismo” imaginario, postulado por Douglas Kysar y descrito en la parte III anterior, nunca fue exitoso por la imposibilidad de hacer de sus objetivos una fuente confiable de acumulación de capital. Sin embargo, la contradicción entre valor de uso y valor de cambio no puede ser suprimida a largo plazo ni en un mercado hipotético de Kysar ni en un mercado climático que realmente existe. Ciertamente, mientras más años de trabajo duro se invierten en construir y gobernar tales mercados; mientras más ampliamente proliferan los antagonismos, más se ajusta la mercancía climática a lo que Marx llamó “sutilezas metafísicas y detalles teológicos”.

Por un lado, el poner precios al daño climático ayuda a generar una dinámica que relega cada vez más el compromiso con el proceso histórico que podría enfrentar el calentamiento global antropogénico, incluyendo el conocimiento y otras actividades que han tratado de proteger el clima en el pasado y que podrían contribuir a la transición para abandonar los combustibles fósiles en un futuro. No debe sorprender a nadie que, según el profesor de política energética de Oxford University Dieter Helm (2010:189), el Régimen de Comercio de Derechos de Emisión de la Unión Europea ha pasado “de ser un medio para el fin del carbono, a ser un fin en sí mismo” y que la década y más de los mercados de carbono de Kyoto “puede haber contribuido a incrementar las emisiones globales”. El éxito en la creación de mercancías ha significado un fracaso en la acción climática.

La acumulación en los mercados de carbono ocurre, no a través de la “descarbonización” (Bumpus y Liverman 2009), sino a través de formas de desposesión similares a aquellas que caracterizaron las etapas preliminares de la reciente crisis financiera (Harvey 2010).

La misma ecuación básica

un mejor clima = una reducción en las emisiones de CO2

inicia el proceso al crear las condiciones para una mercancía capitalista a costa de alejarse del problema climático. Esto se debe a que la reducción de emisiones y afrontar la crisis climática son dos cosas diferentes. Primero, las emisiones pueden reducirse incluso en un nivel global, al menos a corto plazo, sin tomar acciones que resulten en dejar los combustibles fósiles bajo tierra. La reciente crisis financiera y la disminución industrial, por ejemplo, resultaron en mayores reducciones de emisiones de CO2 que todos los mercados climáticos mundiales unidos, sin embargo no han cambiado de ninguna manera la dependencia estructural de los combustibles fósiles.

Segundo, no existe ninguna relación lineal entre las reducciones de CO2 y los beneficios climáticos, lo que significa que es imposible verificar que una cuantía dada de reducciones ha dado una cuantía dada de beneficio climático. Tercero, al equiparar las emisiones de “sobrevivencia” y de “lujo”, la ecuación ha provocado dos décadas de crítica por parte de ambientalistas y movimientos sociales del Sur tales como La vía campesina (Agrawal y Narain 1990).

Para crear derechos comerciales para emitir moléculas de acuerdo a la ecuación

Reducción forzada de emisiones de CO2 al nivel c en el periodo p = derechos comerciales de emitir CO2 al nivel c al final del periodo p

en vez de tratar con la industria ecológica y el cambio estructural, se debe dar un paso más allá del tema climático. Primero, el hecho de que los gobiernos sean los proveedores y los reguladores de las mercancías de emisiones ha alentado una búsqueda de ingresos rampante y sistemas complicados de reparto que benefician a los grandes contaminadores, en vez de penalizarlos.

Los usuarios de combustibles fósiles políticamente más poderosos principalmente responsables por el cambio climático antropogénico (las naciones industrializadas en el mercado de carbono de Kyoto; la industria pesada altamente consumidora de combustibles en la EU ETS) han hecho cabildeo a su favor y han recibido una gran parte de los bienes gratuitos, lo que ha resultado en un sistema de “el que contamina gana” en vez de “el que contamina paga”. En la EU ETS, gran parte de los billones dólares en derechos de contaminación adquiridos de los gobiernos como respuesta a las amenazas de las industrias de mitigar donde los costos del carbono sean más bajos han ido a parar en mayores inversiones en combustibles fósiles.

Segundo, los precios, incluso los precios altos, son malos conductores de los cambios estructurales de largo plazo demandados por un clima cambiante. Las corporaciones escogen alternativas baratas, pero si las alternativas no hubieran estado a disposición a través de los esfuerzos de los gobiernos y otras entidades con una visión a largo plazo, no se podría escogerlas.

Adicionalmente, una exitosa búsqueda de ingresos, conjuntamente con otros factores, ha asegurado que los precios del carbono sean tanto extremadamente bajos como

incierto para llevar a cabo un cambio incluso marginal. Enfrentándose a un desconcertante cúmulo de señales, los actores del mercado de carbono tienen pocos incentivos para actuar incluso de manera insignificamente positiva. Por ejemplo, ni siquiera un sector consistentemente bajo en derechos de emisiones bajo la EU ETS, los generadores eléctricos, ha recibido ningún incentivo para invertir en una transición lejos de los combustibles fósiles.

En un “buen” escenario, los costos EUA de los generadores a combustible europeos no harían más que animarlos a construir nuevas plantas a gas natural (siempre y cuando pudiesen eliminar sus incertidumbres sobre las reservas de gas a largo plazo), mientras que generadores a combustibles mixtos estarían, como mucho, incentivados a optimizar el uso de sus plantas a gas natural a expensas de las plantas térmicas. En realidad, la situación es peor. Ya para enero de 2009, los precios de la EUA se habían reducido a un tercio de los costos marginales del cambio de combustible, debido a factores tales como las caídas en los precios del gas natural, depresión en la economía, y falta de interés por parte de grandes inversionistas quienes se espera que puedan prevenir futuros topes más estrictos pero que, en realidad, están siendo cautelosos de la continua e impredecible volatilidad de los precios y del incierto futuro político de los mercados de carbono.

Las contradicciones entre el valor de uso y el valor de cambio florecen incluso más con las ecuaciones siguientes. Por ejemplo, las hazañas de abstracción involucradas en la ecuación

$$\text{reducciones de CO}_2 \text{ en el lugar A} = \text{reducciones de CO}_2 \text{ en el lugar B}$$

son variadas. Todo factor asociado con emisiones en un lugar determinado, que pudiera marcar una diferencia en una trayectoria global de alejarse de los combustibles fósiles, es eliminado a favor del precio. Esto incluye:

- la influencia política que una acción de esta naturaleza podría tener más en el lugar A que en lugar B
- la influencia en el desarrollo de tecnología que podría reducir las emisiones de un proceso industrial específico en un país de altos ingresos donde esto es más caro que en un país de bajos ingresos (Alfredsson 2009)
- los diferentes efectos sobre el calentamiento global que pueden tener interacciones localmente específicas entre los gases con efecto invernadero (Jacobson 2009, Farrell et al. 1999, Solomon y Gorman 1998, Travis et al. 2002).

La ecuación también se abstrae de diferentes características ecológicas de diferentes regiones, y de las diferencias entre los efectos biológicos de la contaminación. Incluso más crucial para la resistencia popular, se abstrae de la riqueza y la tendencia de concentrar la contaminación en lo que en los Estados Unidos se llama “comunidades de color más pobres”. En otras palabras, permite usar las diferencias de clase y raciales como una manera de hacer dinero, sacando provecho de la historia de la discriminación. De tal manera, su uso ha provocado oposición de redes de comunidades no privilegiadas del Norte y del Sur por igual, desde el California Environmental Justice Movement (EJ Matters 2010) al India's National Forum of Forest Peoples and Forest Workers (Mausam 2008, 2009).

Similarmente, al abstraerse de los tipos de tecnología, la ecuación

reducción de CO₂ a través de la tecnología A = reducción de CO₂ a través de la
tecnología B

hace posible, incluso necesario, las elecciones climáticamente erróneas en nombre de los precios de la molécula – por ejemplo, el uso de mejoras en la eficiencia, rutinarias y baratas, para retrasar una inversión a largo plazo no fósil, o construir represas hidroeléctricas destructivas que no hacen nada para remplazar al carbón y al petróleo (Driesen 2008, 2009). Al abstraerse de la necesidad de romper la dependencia con los combustibles fósiles, con su extraordinaria densidad energética, la equivalencia también tiende a esconder la naturaleza intensa de tierra de algunos intentos de “reemplazar” los combustibles fósiles.

Entre éstas están los esquemas de agrocombustibles en países como Brasil e Indonesia así como los proyectos de energía eólica como los de istmo de Tehuantepec, en Oaxaca, donde muchas comunidades indígenas han cedido, de forma barata, sus tierras a promotores de granjas privadas de viento de España y México quienes no sólo se benefician de la venta de la electricidad sino también de usar o vender derechos de contaminación en Europa.

Mientras tanto, la ecuación

CO₂ de origen fósil = CO₂ de origen biótico

al abstraerse del hecho de que a pesar de que todas las moléculas de CO₂ son químicamente idénticas, deja de lado el hecho de que no son idénticas en términos de la historia climática. Ello debilita los efectos de los topes de emisiones al permitir que los recortes de CO₂ de origen biótico menos efectivos sean substituidos por reducciones del CO₂ de origen fósil. De igual manera, esta ecuación provee una autorización “científica”/económica para apropiaciones extensivas de tierras, ya que muchos acercamientos, basados en la tierra, para reducir la emisión de moléculas de CO₂ (conversión de pastizales reducida, reforestación de pastizales degradados, aforestación, entre otros) caen en lugares favorables en las “curvas de disminución de costos” formuladas por los economistas climáticos.

McKinsey, por ejemplo, calcula que se podrían reducir 2 gigatoneladas de CO₂e a nivel global a partir de la “conversión de la agricultura de tala y quema” a un costo menor a 2 euros por tonelada de CO₂e. Sin embargo, el bajo costo estimado está basado en, y legítima, planes para “acumulación primitiva” o “acumulación por desposesión”. Las figuras de McKinsey (las cuales han tenido una gran influencia en los gobiernos de Brasil, Indonesia, Guyana, República Democrática del Congo y Papua Nueva Guinea, así como en el Banco Mundial y la ONU) están basadas en el costo de oportunidad de no deforestar o degradar la tierra, lo que puede ser bastante bajo en el caso de la agricultura a pequeña escala, cuya producción prácticamente no se vende en el mercado, (Dyer y Counsell 2010, Gregersen, El Lakany et al. 2010). Así, se favorece tomar acciones climáticas sobre tierras controlada por las personas más pobres en términos económicos. Como resultado, esas personas probablemente serán desplazadas, a un alto costo humano (no incluido en los cálculos) además de que se pierde su reserva de conocimiento sobre métodos de subsistencia bajo en carbono

(tampoco incluida en los resultados). Los números de McKinsey también se abstraen de la diferencia entre tala de bosques para agricultura comercial, y cultivo forestal rotacional con el subsecuente crecimiento de bosques y almacenamiento de carbono. De nuevo, esto impulsa la descalificación de los habitantes de los bosques.

Aritana Yawalapiti, un líder indígena en la región alta de Xingu en Brasil, reportó en noviembre de 2010 que los promotores de la silvicultura de carbono de REDD que visitaron su territorio habían dicho a su comunidad que tendrían que reducir la quema de los bosques si querían obtener un pago por producir licencias de contaminación de carbono. Pero, Yawalapiti objetó,

“siempre quemamos en un lugar donde pescamos, cazamos o abrimos pequeñas áreas para agricultura... abrimos un espacio para cultivar, plantamos, recolectamos mandioca, después de un par de años todo se recupera de nuevo... el bosque crece de nuevo, mientras plantamos en otro lugar.”

Incluso si dichas actividades, tal como se propone a veces, fueran apoyadas con pago de carbono, el resultado sería, en efecto, una apropiación de los frutos de actividades humanas para preservar el carbono de muchas generaciones. Tal como lo anotó Yawalapiti,

“Cómo (lo) explicaron... que el humo va al aire... que el proyecto sería por esa razón... que debemos preservar nuestro bosque. Pero ¿qué significa esto? Siempre hemos preservado nuestros bosques. Conocemos sobre bosque, tenemos conocimiento sobre todo por aquí.”

Pirakuma Yawalapiti, otro líder indígena de la región, dijo,

“No deberían presionarnos de la forma en que lo hacen, (diciendo) que perderemos a menos que (participemos en los mercados de carbono). ¿Perder qué? Yo no perderé nada. Yo estoy aquí, en el medio de mi bosque, que yo protejo... Imaginemos a un pequeño agricultor. Él tiene un pedazo pequeño de bosque, y su también su vecino. Luego, un día, viene el negocio del carbono, y le da un poco de dinero. Tal como yo lo entiendo, eso es muy serio, para el mercado de carbono pagar a la gente por esa clase de cosas. Esto les hará daño eventualmente, a sus familias y sus comunidades, porque el mercado permitirá más contaminación. (...) si es que es verdad que nos pagarán para ellos poder seguir contaminando, pues, yo no aceptaré eso. ¿Cómo podría hacerlo? Eso significa que nos quieren comprar, para que aceptemos que puedan contaminar más... vienen y nos dicen que debemos aceptar (el comercio de carbono). Pero, ¿por qué? Exactamente ¿quién se llevará el dinero? Yo no acepto el mercado de carbono aquí en Xingu Park” (Sommer 2010).

Tal como lo explicaban las pancartas cargadas por indígenas del pueblo Karen de Tailandia en una demostración durante las negociaciones climáticas de 2009 en Bangkok, “la gente que vive con el bosque no quiere REDD... conservamos los bosques porque los bosques son vida, no una mercancía.”

En otras palabras, la interiorización de la “externalidad” del calentamiento global en

los precios del carbono da lugar a nuevas externalidades ya conocidas, a medida que la contradicción entre valor de uso y valor de cambio se reactiva a cada paso. Tal como lo comentan Nathaniel Dyer y Simon Counsell (2010), el “argumento de que necesitamos un nuevo modelo económico para justificar las externalidades del (cambio climático) y poner nuestras economías en un camino sustentable” ha llevado irónicamente curvas de costos que, con sus “costos escondidos y análisis parciales”, son “similares al acercamiento económico restringido que ha contribuido al problema que intentamos resolver.”

La crucial ecuación de “compensaciones”

reducción de CO₂e bajo un tope = emisiones de CO₂ “evitadas” fuera del tope,

esto es,

reducción real de CO₂e = reducción imaginaria de CO₂e,

esconde y engendra aún otras formas de contradicción. Al hacer que la acumulación dependa no sólo de encontrar o postular, sino también, si es que es posible, crear tantos gases con efecto invernadero como sea posible, para que luego puedan ser “evitados”, las aplicaciones de la ecuación generan continuamente consecuencias que, desde una perspectiva del valor de uso, son perversas.

Primero, la ecuación genera incentivos para crear más sustancias climáticamente dañinas para que puedan ser, posteriormente, limpiadas. Este fenómeno es más visible con respecto al HFC-23 y N₂O, productos colaterales de la manufactura cuya limpieza muchas veces genera mayores beneficios para sus creadores que los productos primarios de los procesos que los original (Pearce 2010). Un fenómeno general. Recordemos que el HFC-23 es un gas de efecto invernadero con un “potencial de calentamiento global” establecido en 14.800 veces mayor al dióxido de carbono sobre un horizonte de 100 años, mientras el N₂O es el óxido nitroso.

Segundo, la ecuación crea tanto el incentivo y (debido a la imposibilidad de su verificación) la oportunidad de reivindicar líneas base extremadamente sucias. La consecuencia es daño climático en vez de beneficio climático, valor de uso que la mercancía supuestamente debía encarnar.

Tercero, al incentivar a las compañías a no obedecer las leyes ambientales y a los gobiernos a no promulgarlas o aplicarlas, la ecuación

sanción legal = incentivo de mercado

genera una fuerte oposición por parte de movimientos de protección ambiental de países como Filipinas, Sudáfrica y Nigeria, en donde las compañías petroleras ganan beneficios extras por supuestamente evitar actividades de quema de gas que son ilegales e inconstitucionales de todas formas (Osuoka 2009, Docena 2010).

Cuarto, la generación y aislamiento de una única línea base imaginaria como contexto para “ahorros” de compensaciones –condición necesaria para la cuantificación de la mercancía de la compensación– trata a toda la historia de manera determinista, con la

excepción de las actividades de los financistas del carbono y los gerentes de proyectos de compensaciones, lo que provoca más resistencias (FASE 2003; Suptitz et al. 2004; Gilbertson y Reyes 2009). Todos estos efectos también generan lo que George Soros llama “reflexividad”, en la cual las tecnologías de cálculo minan continuamente su propia eficacia, haciendo que la valoración y la producción de la mercancía sea problemática y generando inestabilidades sistémicas (Soros 2008, Li Puma y Lee 2004: 36).

En efecto, la combinación de extrema simplificación e insondable complejidad, que implacablemente genera la mercancía climática –y que es exacerbada por los intentos de regularla– no debería resultar tan desconocida: también está presente en el comercio de los complejos derivados financieros que desencadenaron la reciente crisis financiera global.

Al igual que en los mercados financieros, el alentar a los expertos cuantitativos – “*quants*”– a que “perfeccionen” fórmulas para la producción en masa de mercancías ha llevado a una dinámica de antagonismos que se regeneran continuamente. Los métodos de los nuevos mercados de derivados financieros para aislar, medir, cortar, rebanar y circular diversos tipos de riesgo con el fin de expandir el crédito y el apalancamiento, a la final, perdieron todo contacto con las realidades de la incertidumbre e irónicamente llevaron a que el crédito empiece a escasear. De la misma manera, al equiparar las soluciones al calentamiento global con reducciones en una piscina abstracta de derechos de contaminación que luego son relacionadas con “compensaciones” fabricadas a través de técnicas cuantitativas, los mercados de carbono terminan bloqueando caminos hacia una menor dependencia en los combustibles fósiles y hacia una acción climática constructiva.

El cambio climático, al igual que las incertidumbres de los precios, ha demostrado ser un tema recalcitrante para los esfuerzos precipitados y presumidos que caracterizan la mercantilización de la era neoliberal.

Las tendencias autodestructivas de la mercancía del carbono son magnificadas por la financiarización. Por ejemplo, al igual que la forma en que los seguros respaldados por hipotecas ocultaban las realidades económicas que pesaban sobre los barrios de bajos ingresos en Cleveland o Miami; de la misma manera los paquetes de securitización de carbono, incluso con cadenas de valor mayores, esconden impactos climáticos y sociales heterogéneos y condiciones de generación de los proyectos de compensaciones, exacerbando los ya existentes desafíos de la valoración de bienes (Weissner 2009, citando a Kenneth Rogoff). Además, la naturaleza artificial y en buena parte “electrónica” de las mercancías del carbono hace más fácil para los estafadores el explotar el sistema; en los dos últimos años ya se ha visto una serie de fechorías, incluyendo un intento de estafa de tierras a nivel nacional (Peel y Harvey 2010), estafas fiscales de varios billones de dólares (Chan 2010), escándalos de ventas múltiples y robos electrónicos, incluyendo, mucho más seriamente, el hurto y la venta ilegal de millones de permisos de contaminación por CO₂ de varios países europeos y compañías desde noviembre de 2010 a enero de 2011, forzando el cierre temporal de la EU ETS (Point Carbon 2011).

Mientras tanto, el gobierno húngaro usó la “equivalencia”

$$\text{EUA} = \text{AAU} = \text{CER}$$

bajo el consejo de Deutsche Bank, como una justificación para poner en el mercado 800.000 CER que ya habían sido usados; el gobierno prometió, algún día, cancelar un número “equivalente” de AAU.

Adicionalmente, al equiparar y agregar las mercancías de carbono con otras mercancías en los mercados financieros y, en particular con la perspectiva de integrarlas en fondos de indexación (index funds), se atrae grandes flujos de capital especulativo y se agudizan las amenazas tanto para la subsistencia como para la estabilidad climática. Los especuladores que se apresuraron en el tema del carbono podrían tener una influencia negativa sobre los precios de la comida si es que el carbono y la comida son atados en un fondo de indexación. De la misma manera, la acción climática podría estar cada día más atada a la influencia de la actividad especulativa en sectores no relacionados con el clima así como en el sector del carbono.

Además, los “bonos verdes” respaldados por bienes de carbono, en vez de reconocer la deuda climática del Norte con el Sur, crearían una nueva deuda del Sur hacia el Norte, respaldada por tierra en el Sur y por fondos públicos del Sur, mientras alientan al Norte a seguir usando combustibles fósiles. Debido a que los bonos, “completamente mercantilizables y comerciados”, serían cortados y recombinados de acuerdo al “riesgo” evaluado por las agencias de evaluación de riesgo del Norte, su valor será determinado en gran parte en mercados de derivados sobre los cuales ni los países del Sur ni los expertos climáticos tendrían mucha influencia.

Tabla 2

| ECUACIÓN | | PROMOTORES | ¿DE QUE HACE ABSTRACCIÓN? | ANTAGONIS CONTRADIC RESULTANT |
|----------|--|--|---|---|
| | <i>Ecuación subsidiaria</i> | | | |
| | un mejor clima = reducción de las emisiones de CO2 | Sandor, Environmental Defense Fund, AIG, UNCTAD, Chichilnisky, Grubb, Gore, etc. | Historia, uso de combustibles fósiles, política, incertidumbre e indeterminación de las dinámicas del clima | Ineficacia en e cambio climát |
| | Reducción forzada de las emisiones de CO2 a un nivel c dentro de un periodo de tiempo p = derecho comerciable de emitir CO2 hasta el nivel c al final de periodo p | Sandor, EDF, Stavins, Grubb, Naciones Unidas, Unión Europea, etc. | Propiedad privada | Búsqueda de b ineficacia clim |
| | <i>Tope en lugar A = tope en lugar B</i> | | Lugar, clase | Recursos toma lugares más dé spots; erosión biodiversidad |
| | <i>Tecnología A = tecnología B</i> | | Tipos de tecnología | Mala elección tecnología, car climático |

| | | | | |
|---|--|--|---|---|
| | <i>Tiempo A = tiempo B</i> | | Tiempo | Retraso, daño |
| | <i>Emisiones de CO2 de origen biótico = emisiones de CO2 de origen fósil</i> | Dyson, etc. | Origen del gas, historia climática, dinámicas del clima | Ineficacia clim de recursos de indígenas |
| | <i>ERU = AAU</i> | | Contexto de negociación | Ineficacia clim de comercio |
| Reducciones de emisiones de CO ₂ = reducciones de emisiones de CO ₂ e | | | Tipo de gas y comportamiento | Ineficacia clim |
| | <i>Reducción de emisiones de CO2 = 1/21 de la reducción en las emisiones de CH4</i> | IPCC | | Resistencia a l resistencia por minadores, cre megaproyectos climatológicos dañinos incluy de carbón, gra industriales de |
| | <i>Reducción en las emisiones de CO2 = 1/11,700 de las reducciones en las emisiones de HFC-23</i> | IPCC | | Retraso, perve incentivos para producción de efecto inverna |
| | <i>Reducción en las emisiones de CO2 = 1/310 de las reducciones en las emisiones de N₂O</i> | IPCC | | Retraso, perve incentivos para producción de efecto inverna |
| Reducciones de CO ₂ e bajo un tope = compensaciones | | Protocolo de Kyoto, Ted Hanisch, Fundación FACE, etc. | Lugar, falsedad, incertidumbre, indeterminación, conocimiento | Retraso, impos verificación, d climático, tom recursos, confl clase |
| | <i>EUA = CER</i> | Unión Europea | | |
| | <i>AAU = CER</i> | Naciones Unidas | | |
| | <i>Lugar A con tope = lugar B sin tope</i> | | | |
| | <i>Emisiones CO₂e = “emisiones CO₂e evitadas”</i> | Junta Ejecutiva de la UNFCCC, DNV, TUV Sud, SGS, Ted Hanisch, etc. | | Retraso, perve incentivos para producción de efecto inverna climático, eros imperio de la l popular |
| | <i>Emisiones CO₂e = “deforestación evitada”</i> | Avoided Deforestation Partners. Merrill | Lugar, falsedad, incertidumbre, indeterminación. | Daño climático tierras, pérdida conocimiento. |

| | | | | | |
|--|---|--|--|---|--|
| | | <i>Emisiones CO₂e = “humanos evitados” = más condones</i> | Lynch, EDF, Woods Hole, Harvard University, etc. Optimum Population Trust | conocimiento, historia climática, dinámicas del clima | clase Daño climático de clase y de g |
| Compensación A = compensación B | | | | Lugar, contexto histórico y tecnológico | Imposibilidad de verificación, d climático |
| | <i>Granja de viento en México = proyecto de HFC-23 en China</i> | | | | |
| | <i>Proyecto de HFC-23 en India = represa hidroeléctrica en Brasil</i> | | | | |
| | <i>Granja de viento en México = represa hidroeléctrica en Brazil= proyecto de eficiencia en Corea del Sur</i> | | | | |
| Reducciones de CO ₂ e + compensaciones = otras mercancías | | | Comerciantes de mercancías, Wall Street, etc. | Valor de uso de las mercancías | Carbono subpr volatilidad de de los alimentos redistribución conflictos de c climático |

Siglas

| | |
|-------------------|--|
| UNCTAD | Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo |
| EDF | Environmental Defense Fund, ONG estadounidense |
| IPCC | Panel Intergubernamental para el Cambio Climático |
| UNFCCC | United Nations Framework Convention on Climate Change |
| DNV | Det Norske Veritas, consultora noruega |
| TUV Sud | Empresa de inspecciones, auditorías y certificaciones |
| SGS | Empresa consultora |
| CO ₂ e | Dióxido de carbono equivalente |

X

Tal como la discusión de este artículo sugiere, no existe un punto durante el desarrollo de la mercancía climática, en el que la contradicción entre valor de uso y valor de cambio se suavice o se elimine. Tal como lo hubiese explicado Marx, lo máximo que sucede es que tiene más “espacio para moverse”, cambiando de forma a medida que los actores del mercado, los reguladores, los sistemas biogeoquímicos, bosques, complejos tecnológicos y redes de resistencia de base hacen sus movimientos. La pregunta estratégica en este escenario es cómo construir los movimientos más efectivos para tratar la amenaza climática que ahora representan los mismos mercados de carbono.

El primer paso para hacerlo es reconocer que estos mercados, y el bloque de políticas climáticas actuales, no son fructíferamente vistas en el proceso técnico de “resolver problemas”. No constituyen una respuesta racional y ahorradora, sino una colección de reflejos flojamente destinados a aprovecharse de nuevas oportunidades de búsqueda de beneficios y acumulación de capital. No es por accidente que los jugadores dominantes del mercado, arquitectos y reguladores potenciales y reales – incluyendo, además de gobiernos europeos y norteamericanos y decisores neoliberales de políticas y sus asesores, comerciantes como Goldman Sachs e industrias como RWE y Chevron– típicamente ni siquiera se toman la molestia de intentar defenderse de las acusaciones de que son ambientalmente inefectivos (Organization for Economic Cooperation and Development 2010, Derwent 2010, Stavins 2010, United States Commodity Futures Trading Commission 2010).

Tampoco parece que los gobiernos estuviesen seriamente preocupados por el hecho de que los mercados de carbono probablemente no son más robustos y estables que los mercados de complejos derivados que ayudaron a precipitar la reciente caída financiera; la debilidad de las técnicas de valoración de la mercancía del carbono han sido bien entendidas por más de 10 años sin que haya un efecto apreciable sobre la política. La crítica racional a los mercados de carbono al calificarlos de ambientalmente contraproducentes y económicamente peligrosos, en consecuencia, se ventila fructíferamente, no con gobiernos o el sector privado, sino con el público afectado. La mayor parte de la política climática debería ser tratada como el proceso fetichista que se ha vuelto.

Un segundo paso es reconocer que los esfuerzos por mejorar el gobierno o la “regulación” de los mercados de carbono, o para “trabajar dentro de los mercados para controlar el daño que ellos siembran” puede que abra o no espacio para una acción climática efectiva y democrática. El asunto no es si es que los reguladores aprueban nuevas regulaciones (los mercados de carbono y sus mercancías han consistido siempre principalmente, de una regulación, ver Stewart 1990), sino más bien si regulaciones adicionales funcionan como un componente de un movimiento más amplio encaminado hacia un desmercantilización. Las regulaciones que, por contraste, desarrollan aún más la mercancía al generar más ecuaciones como las vistas en este artículo sólo darán a la contradicción entre valor de uso y valor de cambio más “espacio para moverse”. Por ejemplo, los reguladores y los negocios (la distinción es particularmente difícil de identificar en este mercado; ver Lohmann 2006b) han propuesto muchas equivalencias adicionales y mecanismos de supervisión a fin de hacer posible la ecuación

$$\text{reducción de CO2 real} = \text{reducción de CO2 imaginaria}$$

al proveer criterios para determinar cuándo un proyecto de compensación de carbono va más allá de los simples negocios como siempre. Predeciblemente, la consecuencia sólo ha sido mayores complejidades que han reforzado la dominación de las grandes corporaciones contaminantes en el Sur global del lado de la oferta en los mercados de compensaciones, corporaciones que son más hábiles para navegar a través de los crecientes laberintos regulatorios y de planificación. Corporaciones como Sasol, Mondi, Rhodia, Tata, Birla, Jindal entre otras más pueden, entonces, continuar usando la ecuación para ganar ingresos adicionales para actividades que refuerzan el uso de

combustibles fósiles en países como Sudáfrica, Corea o India. Debido a que este efecto debería entrar en los cálculos del carbono ahorrado y perdido, la “reflexividad” de Soros y de Keynes asoma de nuevo, estableciendo nuevas demandas imposibles en la contabilidad de compensaciones.

Otro ejemplo: el principio regulatorio de que un proyecto de desarrollo debe obtener el consentimiento previo informado de las comunidades afectadas se vuelve virtualmente inútil una vez que la “mitigación climática” se ha globalizado a través de los proyectos de compensaciones de carbono. Un proyecto de silvicultura en Australia que vende licencias de contaminación a Conoco, por ejemplo, tendría que obtener el consentimiento no solo de la comunidad afectada en Australia sino también en las comunidades afectadas por las operaciones de Conoco en otras partes del mundo; claramente es un requerimiento impráctico.

En este contexto y al igual que otros actos de “interiorización”, la regulación de los mercados de carbono que se basa en una mercantilización de tipo “mientras más mejor” simplemente crea nuevas “externalidades”, haciendo que la política climática sea incluso más contraproducente de lo que ya es.

Solo aquellas regulaciones que limitan o reducen la mercantilización tienen la oportunidad de limitar el daño que causan los mercados de carbono, o mejor, de jugar un (pequeño) rol en el proyecto a largo plazo de obligar a los diseñadores de políticas a que se alejen por completo del comercio de carbono y se dirijan hacia políticas climáticas que puedan alcanzar los objetivos sociales y ambientales relevantes.

Tal como lo sugiere la taxonomía de las ecuaciones discutidas en este artículo, la mercantilización y la desmercantilización tienen varias formas y grados, e incluso los gobiernos que trabajan dentro del marco del comercio de carbono se ven, a veces, forzados a llevar a cabo modestos proyectos de desmercantilización que, desde una mirada estratégica a largo plazo, pueden ser vistos como guías involuntarias para una larga lucha hacia una desmercantilización a conciencia. Por ejemplo, después de varios escándalos sobre derechos de contaminación creados a partir de la destrucción de HFC-23, la Unión Europea ha decidido, recientemente, limitar la aplicación de la ecuación

$$\text{HFC-23} = 11,700 \times \text{CO}_2$$

al prohibir la venta de los créditos de HFC-23 desde el 2013. Después de otros escándalos y controversias, los gobiernos están moviéndose, no de forma coordinada, para socavar la ecuación

$$\text{EUA} = \text{CER} = \text{AAU}.$$

También existe un creciente sentimiento incluso entre ambientalistas conciliadores de que las compensaciones deben ser abolidas. Esto puede ser considerado como un intento de desactivar la ecuación

$$\text{reducción de CO}_2 \text{ bajo un tope} = \text{compensaciones fuera del tope}.$$

De manera general, los reguladores están bajo una considerable presión para moverse

hacia la desmercantilización al restringir

- Quién puede vender y comprar mercancías del carbono y por qué razones, por ejemplo, movimientos para restringir el acceso de los especuladores a los mercados
- Qué pueden vender o comprar los especuladores, por ejemplo, movimientos para librarse de los créditos de HFC-23 y de N₂O, restringir la intercambiabilidad de las asignaciones o limitar la securitización del carbono
- Dónde pueden vender o comprar la mercancía, por ejemplo, restricciones sobre comercio *al mostrador* o sobre el comercio de tecnología
- Cuándo pueden vender o comprar, por ejemplo, límites sobre las limitaciones a la banca y los préstamos
- Cómo los comerciantes pueden vender o comprar, por ejemplo, reglas que restringirían la velocidad del comercio.

Tales movimientos hacia una mercantilización del tipo “mientras menos mejor”, reducen el campo del comercio de carbono y reducen, así, su ficticia “eficiencia” al igual que las oportunidades que provee para el sector financiero. Por ello, continuarán despertando oposición en algunos de los más poderosos actores de los mercados de carbono, incluyendo muchos grandes contaminadores, así como en los arquitectos más doctrinarios del mercado.

En este y otros aspectos, los movimientos regulatorios que de casualidad lanzan obstáculos en el camino de la mercantilización pueden coincidir con, y, a la larga, reforzar, campañas más radicales por la desmercantilización. Sin embargo, mientras ciertos tipos de regulación puedan jugar un rol incidental en un movimiento político hacia una desmercantilización de la capacidad de reciclar el carbono de la tierra, no puede sustituirlo. El entender esta verdad lleva naturalmente a un tercer paso en una construcción efectiva de movimientos: un enfoque más estratégico y abarcador sobre la desmercantilización del beneficio climático.

El que las campañas climáticas adopten el enfoque de la desmercantilización implica una apertura de posibilidades de alinearse con movimientos en contra de la mercantilización del agua, de la electricidad, de los servicios de salud, de los combustibles fósiles, así como movimientos a favor de los derechos sobre la tierra, laborales, reformas tributarias, energías alternativas, transporte alternativo y soberanía alimentaria y víctimas de la “desposesión a través del álgebra” que se volvieron visibles con la reciente caída financiera. Tales alianzas ya están contribuyendo a un cambio en el centro de gravedad del activismo del cambio climático para alejarse de programas tecnócratas propugnados por los gobiernos, corporaciones y grandes ONG ambientalistas, los cuales siempre han estado organizados alrededor de los flujos de moléculas, objetivos de temperaturas y mecanismos del mercado.

Algunas de las más poderosas voces, que han emergido recientemente, a favor de una acción climática radical y en contra de los mercados de carbono es el movimiento campesino internacional La Vía Campesina; movimientos en contra de la extracción de combustibles fósiles en países como Nigeria, Canadá y Ecuador; redes de pueblos indígenas; movimientos de justicia ambiental entre personas pobres de ciudades como Los Ángeles y Dubai; sindicatos en países como México; así sucesivamente.

Tal como lo sugieren estas conexiones, es obligatorio que las dimensiones de clase y raza de la lucha contra las equivalencias analizadas en este artículo se mantengan centrales. Durante los últimos días de la cumbre climática de diciembre de 2010 en Cancún, la seguridad de las Naciones Unidas ordenó a delegados de organizaciones no gubernamentales quienes tenían expuestos calcomanías anti REDD que se las quitaran y suspendieron temporalmente la acreditación de Tom Goldtooth, un prominente opositor indígena a REDD (Democracy Now 2010), así como la de representantes de comunidades de color pobres de California quienes también son críticos al comercio de carbono.

“Yo vine a (la cumbre) en representación de las preocupaciones sobre la salud pública de comunidades de color de bajos ingresos que viven en Los Ángeles a quienes impactan las emisiones tóxicas”, dijo Sunyoung Yang de la Los Angeles Bus Riders Union. “A lo largo de las últimas dos semanas he visto como la... reunión ha limitado y suprimido sistemáticamente las voces en desacuerdo con los programas que están siendo promovidos a través de la ONU como REDD los cuales solo aumentarán el envenenamiento de las comunidades que yo represento.”

En contraste, no se molestó a los manifestantes y delegados de la red 350.org, los cuales habían preparado mayores y más ruidosas protestas demandando un objetivo de 1.5 grados de calentamiento así como la limitación de la concentración de CO2 a 350 partes por millón; pero que se abstuvieron de criticar los acercamientos del mercado y que han abrazado el fetiche del CO2 (en efecto, el título de su organización lo personifica). Tal como lo anotó el activista indio Soumya Dutta después de la conferencia, “solo las preguntas y las protestas que tenían claro su mensaje político en contra de los intereses actuales de los grandes capitales fueron silenciados proactivamente” (Dutta 2010).

Gracias por los útiles comentarios a Steve Suppan, Jutta Kill, Ricardo Coelho, Hendro Sangkoyo, Martin Bitter, Gar Lipow and Arief Wicaksono.